

intentado empeños tan inauditos, tan imprudentes, tan insensatos á primera vista y tan gloriosos en los resultados, como cerrar uno contra veinte, penetrar en un torbellino de balas, meterse entre dos fuegos, luchar á la vez con armas blancas y á tiros, y arrostrar una muerte segura en empresa de que tal vez desconfiaban.— Así es que, después de tal batalla, los Generales podrán muy bien decir: *Con soldados como éstos, no hay nada imposible*; y los soldados responder: *Con tales Generales se va siempre á la victoria*.

Concluyamos; pero antes permítaseme recordar otra vez el aspecto de aquel valle, donde todo será silencio y sombra en este momento.

La última vez que me detuve á contemplar su magnífico panorama, fué en el instante de ponerse el Sol, cuando ya terminaba la lucha.— Hallábame en el *Morabito*, adonde me habían bajado, viendo que no podía con la debilidad, el dolor y la fiebre. Caído sobre mi caballo, esperaba la terminación del combate para venirme á *Ceuta*, cediendo á las instancias de los médicos y de mi buen amigo el afamado escritor Carlos Navarro y Rodrigo, quien me ofrecía muy bien acondicionada hospitalidad y sus solícitos cuidados.

Tres días de dieta y dos de agudos sufrimientos habían acabado por postrarme... Pero, ¡ay!, temía no volver á ver otro día tan grande y refulgente... ¡Parecíame que aquel Sol no iba á tornar al horizonte, que yo no iba á tornar á la Guerra!—Respiraba, pues, con ansia aquel aire de gloria, y me sentía avaro de sus últimas encendidas ráfagas.

¡Allí, á mis pies, había una pila de cadáveres—más de veinte—amontonados unos encima de otros!—Todos eran Artilleros, y sus grandes y confundidas ropas oscuras los hacían aseme-

jarse á un cadáver descomunal, envuelto en un sudario de mil pliegues...

Cuando levantaba los ojos para no ver tan fúnebre espectáculo, divisaba allá, sobre las montañas, otro cuadro no menos espantoso, y que me parecía un delirio de la calentura.—El Sol, que se ponía por aquel paraje, teñía de color de escarlata las nubes de humo que envolvían á los últimos combatientes.— De pie sobre las cumbres, destacándose en el cielo, danzando en medio de aquella atmósfera inflamada, percibíanse algunos Moros con los jaiques desplegados, yendo y viniendo, aullando, silbando, disparando sus relucientes espingardas, y cayendo y levantándose, como salamandras que se retuercen en un horno encendido, como demonios que saltan sobre las llamas del infierno...

Todo esto no era más que ilusión óptica, ocasionada por aquel crepúsculo rojizo, por aquella luz sangrienta, por aquel horizonte de lumbre, que recortaban, digámoslo así, unos montes sombríos en que ya reinaba la noche... ¡Pero nunca, nunca olvidaré aquella perspectiva roja y negra, semejante á *los cobres* de Rembrandt, á los cuentos de Hoffmann, á las profecías del Apocalipsis!

Tales son mis últimos recuerdos...

XXII

Diez días en *Ceuta*.—Nuestro Ejército á lo lejos.—Visita á los heridos moros.—El gran temporal.—Temores y zozobras.

2 de Enero.

Heme aquí arrepentido con toda mi alma de haber dejado el *Campamento* para venir á *Ceuta*.—Llevo veinticuatro horas de reclusión entre cuatro paredes, y ya me parece transcurrido un siglo que no estoy en el mundo.—Todos los cui-

dados y atenciones de que soy objeto no bastan á compensarme la gloria y la felicidad que he perdido al separarme de mis compañeros.

¿Qué me importa haber vuelto á acostarme entre sábanas, si el sueño no acude ni acudirá á cerrar mis ojos? ¿Qué me importa restaurar la quebrantada salud de mi cuerpo, si mi espíritu ha enfermado desde que penetré en esta prisión? ¿Cómo permanecer aquí, sabiendo que en los cercanos montes se hallan comprometidos el porvenir y el honor de España? ¿Cómo resignarme á no seguir la suerte de mis hermanos, de mis camaradas, de mis amigos?

Un silencio de muerte me rodea; la soledad me oprime el corazón...—¿Quién sabe lo que ocurrirá ahora mismo en nuestro Campamento?

.....
Acaban de decirme que el TERCER CUERPO ha levantado también su campo, atravesado el *Valle de los Castillejos* y plantado sus tiendas en la vanguardia, sobre el *Camino de Tetuán*.

Ha desaparecido, pues, de sobre la faz de la tierra mi ciudad de la *Concepción*, tornando á quedar desierto el *Valle del Tarajar*.

¡Ya no volveré á ver los lugares donde he pasado diez y ocho días de tan vivas agitaciones, donde he sentido y meditado tanto, donde quedan enterrados tantos amigos míos, donde he presenciado tantas escenas inolvidables!

Mi caballo, más fiel que yo á la religión de la guerra, ó quizá escarmentado por el tremendo día que le dí ayer, se escapó anoche de esta plaza.

Yo tengo para mí que se iría al Campamento, en busca de sus camaradas; pero lo que no puedo presumir es qué determinación tomaría el noble bruto al encontrarse desierto el *Valle del Tarajar*.

¡Con tal que no se haya pasado al enemigo!...

La sangre española que corrió ayer en los *Castillejos* ha salpicado el litoral andaluz, y riega además todos los hospitales de *Ceuta*.—Nuestras pérdidas fueron cerca de ochocientos hombres...; y ha sido menester enviar heridos á Cádiz, á Algeciras, á Málaga...

Ceuta, sobre todo, se halla atestada de ellos.—Además, la terrible furia del cólera ha acumulado dentro de sus muros tal número de enfermos, que pudiera llamarse á esta ciudad “la antesala de la muerte”.

El general Zabala encuéntrase también aquí.—Cuando anoche, después de la batalla, quiso echar pie á tierra, sintióse como atado á su caballo, ó sea como clavado en la silla...; No parecía sino que la fatalidad le negaba el descanso después de tan gigantesca lucha!...; Estaba baldado!—Su animoso espíritu lo había sostenido hasta entonces; pero, cuando ya no tuvo enemigos que combatir y pensó en sí propio, hallóse con que sólo su corazón conservaba movimiento y vida, mientras que el resto de su cuerpo se había paralizado.

¡Qué glorioso infortunio!—Esto recuerda en cierto modo la batalla ganada á los Moros por el cadáver del Cid, montado sobre su huérfano *Babieca*.

3 de Enero.

Desde la elevadísima Torre llamada *El Hacho*, que domina á Ceuta, el vigía ha visto hoy á nuestro Ejército acampado más allá de los *Castillejos*, y por la tarde hemos sabido que el PRIMER CUERPO ha regresado á su Campamento del *Serrallo*, separándose definitivamente de las demás fuerzas, á quienes había estado cubriendo la retaguardia desde el día 1.º

Es decir, que desde hoy queda cortada toda comunicación entre el Ejército expedicionario que marcha hacia Tetuán, y dicho PRIMER CUER-

po y esta Plaza. ¡Es decir, que O'Donnell, Ros de Olano, Prim y los veinte mil hombres que van con ellos, se han entregado en brazos de la suerte, no contando ya con más base de operaciones, con más auxilios, con más hospitales, con más víveres, con más municiones, que los que pueda procurarles nuestra Escuadra! ¡Es decir, que su destino dependerá en adelante de los vientos y de la mar!

¡Dios vaya con nuestros heroicos compañeros, y haga que pronto pueda yo volver á unir mi suerte á la suya!

.....
Hoy ha muerto en esta ciudad, víctima del cólera, el coronel D. José Ignacio de la Puente, jefe de Estado Mayor del TERCER CUERPO; el mismo de quien hace quince días escribí en este DIARIO tantos justos elogios.

Ultimamente vivía en mi tienda, y una misma mesa nos reunía después de los combates.— ¡La Nochebuena presidió él nuestra colación de campaña!

Mi corazón, acostumbrado ya á todo género de horrores, después de veinte días de familiaridad con la muerte, siéntese penetrado como de una espada de hielo al dar aquí un eterno adiós al hombre eminente que vi lleno de vida y de inteligencia hace cuarenta y ocho horas.

Yo no sabía que hubiese abandonado el Campamento... Dejélo anteayer en su tienda, y hoy me dicen que acaba de expirar á pocos pasos de esta casa.— ¡Tal es la Guerra!... De este modo vivimos... ¡Tan abandonado y solo puedo morir yo dentro de algunos instantes!

Puente, el honrado caballero, el bravo militar, el hombre millonario, á quien Dios conservaba una esposa y cariñosos hijos, muere en un rincón ignorado, diciendo á una mujer desconocida: ¡*Sálveme usted!*—Esto es horrible, amigos

míos; é insisto en hacéroslo comprender, á fin de que forméis idea del tenebroso abismo en que caen los que tienen la desgracia de quedarse atrás en esta senda de amargura.

En la Torre del Hacho, 4 de Enero.

Contra la opinión de los médicos, he decidido levantarme hoy y hacerme subir á esta Torre, á fin de ver á nuestro Ejército en marcha.—Esta mañana noticiáronme que, al amanecer, aquellos valientes abatieron tiendas y continuaron su camino hacia el Sur... ¡Desde entonces no he podido dominar mi afán por verlos, aunque á tanta distancia, á fin de darles un *adiós*, que puede ser el último!

¡Oh! ¡Helos allí!...—¡Adelantan! ¡Se alejan! ¡Con qué amor y con cuánta envidia contemplo desde aquí aquella gran caravana, aquella errante ciudad española, aquel bando de águilas que vuela de monte en monte, en busca de la presa imperial que ha columbrado!

.....
Son las cinco de la tarde cuando vuelvo á coger la pluma.

El Ejército acaba de plantar sus tiendas á una legua del valle de los Castillejos, sobre las llamadas *Alturas de la Condessa*.—¡Allí pasará la noche!

A eso de las cuatro de la tarde hemos oído algunos disparos de cañón y divisado el humo de la fusilería...—Pero la acción ha sido breve, y ha estado circunscrita á poco espacio de terreno.—Seguramente los Moros han tratado de impedir á nuestras tropas acampar en aquellas posiciones; lo cual se ha verificado á pesar de ellos, como de costumbre...—¡Reconozco á nuestros valientes hermanos!

El Ejército marroquí se retira también hacia el Sur, flanqueando los movimientos de O'Don-

nell y conservándose siempre á la derecha y á su vista. — La noche siguiente á la batalla de los Castillejos levantó sus profanadas tiendas y las colocó sobre las primeras estribaciones de la sierra inmediata... Ayer, el vigía del *Hacho* le vió volver á alzar el vuelo y posarse sobre el camino que por lo alto de las montañas conduce á *Tetuán*.—Hoy parece haberse fijado sobre el *Monte Negrón*.

Aquella es una posición fortísima, desde la cual puede disputarse el paso á nuestro Ejército y hacerle comprar muy cara la victoria. — ¡Yo tiemblo!— ¡Ah! Creedme. ¡En medio de los más ardientes combates no se experimenta nada parecido á la cobardía pueril con que se ven desde tan larga distancia las maniobras de dos Ejércitos enemigos!...— ¡Tengo la seguridad de que si yo estuviera ahora mimo al lado de mis compañeros, el *Monte Negrón* me parecería uno de tantos cerros como han tomado á la bayoneta nuestros soldados siempre que les ha convenido!— ¡Visto desde aquí, me parece insuperable!

¡Todo lo temo; todo lo recelo! ¡Y lo que más que nada me aterra, es la idea de seguir ignorando lo que por allí sucede!— ¡Yo quiero partir!... ¡Yo quiero unirme á mis hermanos y correr su misma suerte!...

Estoy decidido. ¡Cualquiera que sea mi estado de salud, me embarcaré en el primer buque que salga para aquellas playas!

5 Enero, por la tarde.

Bajo en este momento de la Torre del *Hacho*.—Nuestros campamentos siguen en el mismo sitio. Yo estoy peor y desesperado.

Sin embargo, hoy he pasado una hora agradable hablando con los Moros heridos en Castillejos, que se encuentran en uno de los hospitales de esta Plaza.

He aquí, con todos sus curiosos pormenores, tan interesante escena.

La habitación ocupada por los prisioneros es un mal pabellón de un desmantelado cuartel, donde no entra más luz que la que pasa por la puerta.

Cinco tablados, con un jergón de paja cada uno, y las correspondientes sábanas y mantas, constituyen los lechos de los vencidos Marroquíes.

Dos presidiarios (de los cuales uno habla el árabe por haberse pasado al Moro en cierto tiempo) sirven de enfermeros á los pobres pacientes.

El centinela encargado de que nadie penetre en la estancia sin la competente autorización, hallábase dentro de ella, atraído por una curiosidad muy justificada.

Mr. Chevarrier, corresponsal de *Le Constitutionnel*, de París, me acompañaba en esta visita.

Mr. Chevarrier ha permanecido largo tiempo en la Argelia; conoce mucha parte de la guerra de los Franceses con los Arabes, y habla el idioma de éstos como el suyo propio. El, pues, llevaba la palabra; y por cierto que á su astucia y claro talento se ha debido el que los adustos y recelosos Mahometanos estén hoy con nosotros mucho más expansivos que acostumbran.

Pero empezamos por el principio.

Cuando entramos en el pabellón, los cinco Arabes parecían dormidos, pues ninguno de ellos movió la cabeza para ver quién llegaba...

Sin embargo, me atrevo á asegurar que los cinco estaban despiertos, aunque todos tenían tapado el rostro con la sábana.

A la cabecera de cada lecho veíase colgado de una percha el jaique blanco del herido correspondiente...

Este detalle no carecía de significación. — Aquellas prendas estaban allí á petición de los mismos Moros, después de haber sido depositadas en otro aposento, á fin de que no se extravíaran. Pero, temerosos sin duda de que pensáramos vestirlos á la europea cuando se levantasen, y fieles como siempre á sus usos y tradiciones, pusieron muy tristes y suplicaron que les trajesen sus ropas, viendo quizá en ellas una garantía de futura libertad.

Mr. Crevarrier fué de cama en cama preguntándoles por la salud, y ellos, conociendo que no había más remedio que darse á partido, levantaron sus pálidas cabezas, y el que pudo (porque sus heridas no se lo impidieron) se sentó en el jergón, sonriendo falsamente.

Uno solo permaneció con la cabeza tapada y sin respirar siquiera.

De los otros cuatro, el 1.º (fuerza es numerarlos) era un viejo de fisonomía innoble, pero muy inteligente.—Desde luego se mostró afable con nosotros, y nos pidió cigarros, lumbré y una manta más para la cama.

El 2.º, joven, fuerte y bien parecido, sufría mucho... ¡Como que el día anterior le habían amputado un brazo!—Este pidió otro jergón, indicando que fuese de lana.—Ya lo tendrá á estas horas.

El 3.º, tosco y feroz, parecióme tan diligente montañés como terrible soldado. Un gorro blanco de lienzo (el gorro de nuestros hospitales) cubría su cabeza, haciendo resaltar los vigorosos rasgos de su moreno rostro.

Finalmente, el 4.º (del 5.º hablaremos más adelante) era un verdadero Arabe de leyenda; fino, pálido, hermoso; con la tez mate, los dientes de marfil, los ojos oscuros y melancólicos, y la barba negra, sedosa y bien delineada.

Este fué nuestro hombre.—Tenía un balazo en

una pierna; pero el plomo no había tocado al hueso, y los facultativos calificaban su herida de *no grave*. Habíase incorporado un poco, apoyando un codo sobre la almohada, y la cabeza sobre la mano. Finísima toca de lana blanca envolvía sus hombros y su cabeza, dejando solamente descubierto su rostro, ovalado y expresivo. Con la mano izquierda nos llamaba y nos ofrecía cigarros de papel de nuestras fábricas, que sin duda le habían regalado los enfermeros. Su amable sonrisa y su mirada franca y luciente nos atrajeron de tal modo, que nos sentamos en su cama y entramos en conversación.

Ante todo dímonos la mano á su usanza, que es tocando dedos con dedos, sin estrecharlos, como entre nosotros se da el agua bendita, y besándose luego cada cual á sí mismo los dedos propios.

Esta pantomima va siempre acompañada de una inclinación de cabeza. Si después os lleváis la mano á la frente, significa respeto; y si os la colocáis sobre el corazón, es muestra de cariño, de gratitud ó de entusiasmo. El súbdito besa á su señor en el hombro izquierdo; y dos que se juramentan, se dan la mano encajando dedos entre dedos y cruzándolos con energía.

Hecha aquella salutación, preguntamos al Moro por su salud.—Nuestro interlocutor, que se llamaba *Omar-ben-Mohamed*, nos dijo que él y los demás heridos se encontraban muy mejorados, admirando á cada momento la generosidad de los Españoles, tan formidables en la pelea como tiernos con los vencidos.—(Mr. Chevarrier servía de intérprete en ese coloquio.)

Yo le dije á Omar que aquellas virtudes no eran solamente propias de los Españoles, sino de todos los pueblos cristianos...

—¡Es verdad! (replicó el Arabe).—Yo fuí herido y hecho prisionero por los Franceses hace

muchos años, y me trataron con igual misericordia.

—¿Cuándo y dónde fuiste herido?—le preguntó Mr. Chevarrier.

—Hace diez y seis años.

—¿En la batalla de Isly?

—No; cuatro días antes: en la acción de *Ouchda*. ¡Mira!

Y levantándose la toca, nos mostró una larga cicatriz que le atravesaba toda la frente.

—¡Oh! ¿Cómo no moriste?—exclamamos al ver aquella espantosa señal.

—La bala se deslizó sobre el hueso—respondió el Moro con su eterna sonrisa.

—Pero tú serías muy joven en 1844...

—¡Oh! ¡No! Tenía ya diez y siete años...

—¿Y qué eras entonces?

—Simple caballero. Hoy soy *Caid*.

Caid (me dijo Chevarrier) significa *capitán de ciento*.

—¿Y siempre sirves en Caballería?

—¡Siempre! Pero el día de la pelea con vosotros, mis soldados y yo habíamos dejado los caballos en *Anghera*, y nos batimos á pie, pues debíamos atacar por la mañana...

—¿Y te has batido muchas veces con nosotros?

—Solamente ésta. El día antes había llegado con mi gente.

—¿De muy lejos?

—De Mequínez.

—¿Cuántos días habíais caminado?

—Catorce, sin parar.

—¿Y es buen país Mequínez?

El rostro del *Caid* se iluminó de alegría.

—¡Muy hermoso!—respondió, cerrando los ojos para verlo.

—¿Qué hay allí que ver y que admirar?

—¡Todo!—exclamó Omar con viveza.

Con viveza digo, y no es esta la palabra. El tono, el ademán y el gesto con que los Moros adornan su discurso, merece otra calificación. Cuanto dicen lleva el sello de una convicción inalterable. Ya nieguen, afirmen ó duden, parecen ser el eco de una verdad eterna, de una revelación divina. Y es que, para ellos, las cosas más insignificantes no pueden menos de ser lo que son.

Vaya un ejemplo.—No sé cuál de nuestros Generales, que visitó hace algunos años á *Tetuán*, encargó á cierto Moro un caballo árabe de pura raza.

—¿Cuándo he de traerlo?—dijo el Moro.

—Dentro de cinco días—respondió el General.

—¡Bueno!—replicó el Mahometano.

Y contando por los dedos como nuestros campesinos, añadió:

—Mira, General: mañana... no. (Y doblaba un dedo.)—Mañana... no. (Y doblaba otro.)—Mañana... no.—Mañana... no.—Mañana... sí!

Y permaneció un momento con el quinto dedo levantado, como diciendo: "Tan cierto es que tendrás caballo, como que yo tengo quinto dedo."

Conque volvamos á *Omar-ben-Mohamed*.

El *Caid* habló largamente de su patria. Elogió la riqueza y hermosura de su tierra..., las grandes llanuras que rodean á Mequínez, sembradas de trigo y pobladas de olivares; las praderas llenas de carneros, camellos y caballos; los montes cuajados de gacelas y de jabalíes, y los valles abundantes en perdices y avutardas, que él, como todos los grandes señores, tenía licencia para cazar, ora con haleón, ora con lebreles...

Después nos dijo que fuéramos á aquellas comarcas, donde seríamos bien recibidos y se nos daría la más noble hospitalidad, añadiendo que la causa principal del odio preferente que los Moros tienen á los Españoles, es el miedo ó el

desdén con que éstos miran al Imperio de Marruecos, en el que no se internan nunca, aunque lindan con él, mientras que Ingleses, Franceses, Portugueses y Alemanes lo recorren con mucha frecuencia.

—Dicho miedo (añadió el Moro) nos hace suponer que nos consideraréis como enemigos, y que, si nosotros fuéramos á España, correríamos los mismos peligros que vosotros teméis hallar en nuestro suelo.

—¡Eres injusto! (repuse yo). En *Ceuta* no se hacía daño á ningún Moro de los muchos que entraban diariamente por sus puertas antes de que la Guerra se declarase...

—¡Ah! (respondió el Marroquí). ¡Tú has pronunciado la palabra fatal!... ¡*Ceuta*! Ni *Ceuta* ni *Melilla* son España... ¡Son Africa!

—Y tú no me negarás (repliqué yo) que los Moros nos aborrecéis porque recordáis que estuvisteis siete siglos en España, de la cual os creéis injustamente desposeídos...

—¡Oh! ¡*Garnata*! (dijo Omar de la manera que lo escribo). ¡*Garnata*!... De allí venimos nosotros.

Y se sonrió, como para que le disimulase el que cambiara la conversación tan bruscamente.

—Allí he nacido yo...—respondí, sonriendo también.

—¡Ah!—murmuró el *Caid*.

Y me miró intensamente.

—Yo soy de la tribu de los *Bokarts*—añadió, al cabo de un momento.

—Mi pueblo se llama Guadix.

—Nombre de río...—replicó el Moro.

—¿Quieres venir á España?—le pregunté yo entonces con efusión.

En este instante, el 5.º prisionero, el que todavía no había hablado ni una palabra, sacó un poco la cabeza de debajo del embozo, y murmuró

una frase que mi bondadoso intérprete no comprendió, pero en la que hasta yo mismo percibí el acento de la ira, del imperio, de la amenaza...

Volvíme hacia él, y encontréme con que era aquel *dervich* de la melena negra que vi en el camino de los *Castillejos*, y á quien muchos tomaron por una mujer.

—Este Moro (dijo el presidiario concedor del árabe, señalando al nuevo interlocutor); este Moro gasta muy mal genio, y no quiere ni que respiren los demás. ¡Los tiene metidos en un puño! Cuando vienen... así... señores como ustedes, y les hacen hablar, luego les riñe y les insulta, diciéndoles que son unos cobardes y unos tontos.—En mi entender, es un *cura*, pues les amenaza con Alá y con Mahoma cuando no lo respetan; pero este otro se ríe de todo, y hace lo que le parece.

Las últimas palabras las decía señalando á Omar, quien efectivamente nos indicaba por señas que no reparásemos en el pobre *dervich*, ó sea en el *cura*, como le llamaba el confinado.

Continuó, pues, nuestra conversación, á pesar de la frase imperiosa del *dervich*, repitiendo yo á Omar la pregunta de si quería acompañarme á España.

El buen capitán se puso serio, y hasta sombrío, al oír por segunda vez esta pregunta.—Comprendíase que se le había ocurrido si aquello sería una fórmula suave de advertirle que, luego que estuviese mejor de sus heridas, se le internaría en España, en vez de ponerlo en libertad, como él esperaba...

Me apresuré, pues, á decirle:

—Bien comprendo que tú desearás ver á tu familia antes que todo...

—¡Sí..., sí!...—respondió con infinita dulzura.

—¿Tienes hijos?

—¡Nueve hijos!—respondió con el mismo jú-

bilo humilde, con la misma alegría modesta, como si pidiera perdón de ser tan venturoso fuera de España.

—¿Y padres?

—Padre, no—contestó con cierta naturalidad, exenta de ternura y de dolor, como quien dice: “Mahoma lo llamó á su lado, y allá me espera...” —Pero tengo madre.

Nada le habló de otras mujeres, porque sabía que la mayor ofensa que se puede hacer á un Musulmán es nombrarle á sus esposas ó á sus esclavas ó aludir á ellas en la conversación...

—“¿Cómo te va de salud?”—se preguntan los Moros más amigos y allegados.

—“Bien, ó mal.”

—“¿Y tus hijos, Fulano, Mengano, Zutano?”, etcétera.

Y los nombran todos, aunque sean ciento.

—“Fulano, bueno; Mengano, malo: el uno está aquí, el otro está allá”, etc.

—“¿Y... tu casa?”

—“Soy feliz, ó soy desgraciado”—responden con indiferencia aparente.

Y no se descende á más pormenores.

—Omar, adiós... (le dije al *Caid*, levantándose para irme, en vista de que, á pesar de todos sus esfuerzos por disimularlo, se le notaba que le había asaltado profunda tristeza). Mejórate pronto. La Reina de España te dejará en libertad, y verás á tu familia, y vivirás donde mejor te plazca, hasta que Dios disponga de ti.

El *Caid* se llevó la mano á los labios y luego á la frente, para saludar á la Reina. Después me tendió la misma mano, nos saludamos como al entrar, y partí, sin entablar conversación con los otros Moros.

Ceuta, 6 de Enero, por la mañana.

¡Estoy maravillado!—Vengo de presenciar una cosa extraordinaria, inconcebible.—¡Ah, la más pura alegría inunda mi corazón!

Nuestras tropas han desfilado por delante del Campamento de los Moros; han forzado la línea enemiga; han atravesado el *Monte Negrón*... ¡y todo esto sin combate de ningún género, sin disparar ni un solo tiro, con el mayor orden y tranquilidad!...

¡Yo no lo comprendo!—¡Figuraos que el *Monte Negrón* era uno de los obstáculos que más en cuenta tenían nuestros Generales siempre que se hablaba de la marcha hacia *Tetuán*! Allí estaban hace dos días los Marroquíes en sus blancas tiendas, esperando la llegada de nuestro Ejército, sin duda para cerrarle el paso, pues aquella era la llave de las llanuras que se suceden hasta *Cabo Negro*... ¡Y, sin embargo, por allí acaban de pasar nuestras tropas sin inconveniente alguno!

Repito que no lo comprendo; acabo de verlo desde la Torre del *Hacho*, y se me figura ilusión ó efecto de magia. ¡De seguro que O'Donnell ha hecho hoy un grande prodigio de estrategia para alcanzar tan peregrino resultado!—¡Ello es que sus tiendas están al otro lado de las erizadas cimas del *Monte Negrón*!

Espero en Dios poder oír muy pronto de boca de mis camaradas la explicación de lo ocurrido...—Mañana saldrá de aquí un buque con provisiones para nuestro Ejército, y yo me embarcaré en él, cualquiera que sea el estado de mi salud.

A las cuatro de la tarde.

Principia á llover, y el viento muge formidablemente...

¡Oh, valeroso Ejército de Africa! ¡Mala noche

te espera!—Ahora, que el soldado estaría acondicionando el nuevo Campamento para pasar la noche; ahora, que había ido por leña para preparar su pobre rancho, comienza á diluviar de este modo!...

¡Ah! Venid aquí, políticos desgraciados, que no habéis sentido todavía inflamarse en vuestro corazón el fuego del patriotismo... ¡Venid aquí, y veréis cómo vuestra envidia se convierte en amor y entusiasmo al percibir desde tan lejos á aquellos heroicos caminantes, que se agrupan en torno de la Bandera de Castilla para pasar la noche á campo raso, bajo todos los rigores de los elementos!

Dña 7.

Sigue el temporal.

Un denso nublado y una espesa lluvia impiden hoy completamente divisar las tiendas cristianas.

Sopla el *Sudeste*, muy inclinado al *Levante*, y la mar revienta con ímpetu espantoso sobre las playas en que acamparon ayer nuestros soldados.

Todos los buques que se hallaban en el puerto del Sur de *Ceuta* se han pasado al puerto del Norte.

Los viejos marinos anuncian una tempestad deshecha.

Los vapores que siguen por la costa la marcha de nuestro Ejército, empiezan á presentarse y á pasar por delante de estas aguas, para buscar abrigo en la bahía de Algeciras...

Algunos no juzgan conveniente cruzar el Estrecho, y se guarecen en este puerto, atestado de lanchas cañoneras, de chalanas, de botes, de faluchos y de buques de alto bordo.

¡Es decir, que el Ejército se queda solo y abandonado á cinco leguas de esta Plaza, en un triste

desierto, en un terreno completamente salvaje!

¡Es decir, que á estas horas aquella bendecida caravana de compatriotas nuestros se encuentra incomunicada por mar y por tierra con el resto del mundo, sin noticias de la Patria, sin serle dado recibirlas, desprovista de medios de subsistencia, y persuadida de que por ningún lado pueden llegarle!

¡Oh, qué situación tan terrible si el temporal continúa!—¡Todo el poder y toda la ciencia de los hombres no bastarían á socorrer por mar á nuestro Ejército!... ¡Cuántos buques se acercasen á aquellas playas, naufragarían desastrosamente!

¿Y cómo socorrerlo por tierra? ¿Y con qué? ¿Y por cuántos días?—Los verdaderos almacenes están en los buques, y los buques son hoy completamente inaccesibles.—¡En cuanto á los víveres que puede haber en *Ceuta*, los necesita el Cuerpo de Ejército del general Echagüe; los necesita la población de la Plaza; los necesitan cuatro mil enfermos y heridos que residen en ella; los necesita la guarnición!

Sin embargo, todo se sacrificaría á la más urgente, á la más sagrada necesidad...—El Ejército que está en camino, y que es depositario de la honra de la Patria, sería preferido á todo...—Pero ¿cómo llegar hasta él?

Yo lo creo también imposible.—Los Moros (que, desde el instante en que avanzaron nuestras tropas, se corrieron por retaguardia hasta la orilla del mar, cortándoles la retirada y la comunicación con *Ceuta*) son demasiado astutos para haber dejado de comprender el grande aprieto en que puede encontrarse nuestro Ejército por falta de víveres, y tengo por seguro, como si lo viera, que en este momento ocupan ya todas las posiciones que les hemos arrebatado en tantas reñidas luchas, y están decididos á im-

pedir el paso de cualquier convoy que se dirija en auxilio de nuestros compatriotas.— Ahora bien: suponiendo que el general Echagüe marche á la cabeza de la mitad de sus Batallones, dejando la otra mitad en el *Serrallo* (que no puede abandonarse), ¿llegarían los víveres á tiempo? ¿Le sería posible al héroe del 25 de Noviembre sostener seis ó siete combates consecutivos, desde el Otero hasta *Monte Negrón*?—Y, dado que los sostuviera y venciese en todos ellos, ¿se lograría el objeto de una empresa tan temeraria? ¿No habría tenido O'Donnell que retirarse antes?

Según los marinos llegados hoy, el Ejército incomunicado contaba anteayer con cinco raciones.—Esto quiere decir que podrá sostenerse tres días á lo sumo; pues el imprudente soldado no piensa nunca en el día de mañana, y habrá desperdiciado víveres antes de arriesgar el peligro, en que ya se halla, de huir ante el espectro del hambre... Además, la lluvia lo avería é inutiliza todo... La galleta mojada se corrompe... El arroz se hincha y se malea... El tocino se pudre...—; Es decir, que antes de tres días no tendrán absolutamente nada!

¿Y el temporal amenaza ser de los más terribles!—; El *Levante* puede durar, ha durado muchas veces, quince días seguidos!

Pues ¿y los enfermos? ¿Qué será de los infelices á quienes ataque el cólera?—; Tendrán que permanecer dentro de las tiendas, acostados en un lodazal, al lado de sus camaradas?... ; Y cundirá la tristeza, cundirá el horror, cundirá el contagio!

Además, puede haber combates; tendremos heridos..., ¡y no habrá ni un barco que los recoja, ni un asilo que los libre de la intemperie!

Entretanto, se mojarán las armas y las municiones; se inutilizará la pólvora; atacarán los

Moros, que ahora estarán guarecidos en sus aduares ó en *Tetuán*, y en tan desigual lucha...

¡Oh! ; Esto no se puede pensar!—; Es horrible! ; Es horrible!

.....
¿Y qué? ; Retrocederán? ; Volverán á *Ceuta*?—; Me atrevo á asegurar que nunca!—; Antes quedarán todos tendidos en aquellas playas!—; Conozco al general O'Donnell!

¿Y acaso fuéle permitido obrar de otra manera? ; Se riegan de sangre cinco leguas de terreno para desandarlas en seguida? Volver pies atrás, ¿no es la deshonra? ; No sería producir el luto en nuestra Patria, el júbilo en el Ejército enemigo, la censura, la compasión y hasta el sarcasmo en las demás naciones?

¡Oh!... No. ; No retrocederán!—; La Bandera de España permanecerá clavada allí donde la llevaron sus valientes hijos!—; Allí iremos á redimirla con nuestra sangre todos los que nacimos españoles! ; Allí iremos á rescatarla al precio de mil vidas que tuviéramos!

A las diez de la noche.

.....
¡Oh, qué noche tan horrorosa! Los truenos parecen indicar que se desquicia y hunde el firmamento. El rayo hiende la atmósfera en todas direcciones. Tiembla la tierra como si la mar amenazase romper el débil istmo de esta península, y arrancar á Ceuta de sus cimientos de granito, y hacerla zozobrar y hundirse en apartadas soledades, como navío que ha roto sus amarras.

Torrenes de lluvia y de granizo caen con una violencia incontrastable sobre la espantada ciudad. Húndense algunas casas; las calles son ríos sonoros; una laguna cada patio. El viento azota y conmueve todo lo que encuentra por de-

lante... ¡El mismo mar no le gana esta noche en furia y poderío!...

Pasan horas y horas, y el huracán no cede: antes se enrabia y desencadena más.

Llega el día..., y, lejos de serenarse los elementos, encolerizanse de nuevo, cual si proclamasen que no hay poder ni ley que tenga fuerza sobre ellos, y que no desisten de su propósito de aniquilar todo lo creado.

¡Dios tenga piedad de España!

Día 8.

Han pasado veinticuatro horas, y ni el viento, ni el mar, ni la lluvia han depuesto su irresistible ira...

Todo el día ha sido igual á la noche...

¡Y seguimos sin noticias del Campamento ni de España!

Sólo se sabe (por los despojos que el mar arroja sobre la muralla de este puerto) que han perecido muchos barcos...

Las varias veces que he ido hoy á ver el mar, han pasado ante mis ojos, arrebatados por las olas, restos de cien naufragios; ora jarcias y velas, ora quillas y mástiles; aquí bueyes y caballos muertos, allá sacos de mercancías ó de víveres; todo género de ruinas.—¡Es un espectáculo desolador!

La mar causa espanto, sobre todo hacia el lado del *Estrecho*. La línea de agua del horizonte semeja una áspera cadena de montañas. ¡Son las alborotadas olas, que se amontonan bramando como titanes enfurecidos!... El agua presenta un color terroso que da miedo, y la inmensa nube que entenebrece el aire acércase tanto á la tierra, que parece fácil tocar el cielo con la mano.—¡Y qué fragor, qué estruendo, qué bra-

midos en la atmósfera! ¡Qué roncós truenos submarinos!—¡Oh! No sería mayor el tumulto de los elementos el ignorado día en que, viniendo Hércules á los gigantes Calpe y Abila, abrió paso al Océano y separó para siempre Africa de Europa.

Día 9.

¡Un día más, y la tempestad no calma, y el cataclismo continúa, y los desastres aumentan! ¡Desventurado Ejército! ¡Infortunada España! ¡Qué habrá sido de los miles de mártires abandonados y solos en aquella inhospitalaria arena?

¡Todo..., todo es ya posible! Que los aluviones procedentes de las montañas hayan arrastrado al mar á nuestras tropas; que el hambre las haya rendido; que los Moros hayan caído sobre ellas; que el rayo y el granizo las hayan destrozado... ¡Todo, todo lo tememos ya los que (por un triste privilegio que abominamos y maldecimos) nos encontramos lejos de nuestras banderas, á cubierto de tanto peligro, libres y salvos en naufragio tan pavoroso!

Como toda tribulación común reúne en un solo sentimiento y hace confraternizar á cuantos experimentan igual zozobra, resulta que en estos tremendos días nos buscamos con ansia todos los que vivimos, aislados también y como prisioneros, dentro de los muros de *Ceuta*, á fin de comunicarnos nuestros sobresaltos y temores y demandarnos unos á otros consuelo y esperanza...—Ahora bien: entre las muchas escenas de este género que he presenciado ayer y hoy, merece especial mención el espectáculo que ofrecía hace pocas horas la alcoba del general Zabala.

Este noble y bizarro militar se encuentra también aquí (como ya sabéis) desde la noche del 1.º de Enero, baldado completamente de la pier-

na derecha; y puede suponerse que, en el terrible conflicto que hoy atraviesan nuestras armas, todos acuden á su lado pidiéndole órdenes y consejos, ofreciéndole hacienda y vida, por si las cree necesarias para remediar un mal tan grande, y demandando, en fin, á su experiencia de los azares de la Guerra algunas reflexiones tranquilizadoras, algún asomo de consolación y esperanza.

Pero, ¡ah!, el Conde de Paredes está acaso más desesperado y afligido que cuantos rodean su lecho.—Cerca de él hay una ventana que mira precisamente hacia al Sur, esto es, hacia el Camino de *Tetuán*, hacia los sitios donde estarán acampadas nuestras tropas..., y el ilustre paciente no separa su vista de aquella ventana.

La niebla, la lluvia, el viento y el alborotado mar no le permiten distinguir otra cosa que un ceniciento caos sin forma ni perspectiva... Levanta, pues, de vez en cuando los ojos al cielo, y exclama con una ternura que parte el corazón:

—¡Hijos míos!

El veterano General piensa en sus soldados.

Otras veces procura incorporarse en la cama, y habla de marchar en auxilio del Ejército, y pregunta cuántos víveres hay en la Plaza, y manda á sus amigos y á sus ayudantes que vayan á ponerse á las órdenes del general Echagüe, y llora, y se enfurece, y llama á Dios en auxilio de España..., hasta que, postrado y rendido, inclina la cabeza sobre la almohada con la atonía de la desesperación, con el desaliento de la muerte.

.....
 ¡He aquí ya la noche, y todo sigue lo mismo!
 ¡Ah, yo no he sabido hasta hoy cuánto amaba á España! ¡Me ha sido menester verla en tan supremo trance, expuesta á perder en una hora el fruto de tantos sacrificios, para conocer la

intensidad de aquel vago afecto, negado por algunos filósofos, que se denomina *amor patrio*! ¡He necesitado ver á la nación en riesgo inminente de ser vencida, humillada, desacreditada por muchos años, para comprender que el individuo y la familia son accidentes secundarios é indignos de atención, cuando se trata de esa entidad sagrada que muchos han llamado convencional y gratuita, y que yo proclamo legítima, providencial, eterna, como las leyes naturales, como los instintos del corazón!

¡Así es que la más penosa angustia se ha apoderado de mi alma!—; Y llueve!..., ¡llueve siempre!—; Y van tres días y cuatro noches!—; Y el nublado sigue impidiéndonos divisar el Campamento de los expedicionarios!—; Y ni una noticia de ellos!—; Ni un socorro de nuestra parte!

¡Oh, Dios mío! ¿Qué gran pecado ha cometido el pueblo español, en sus días de prosperidad y de grandeza, que así concitas contra él los elementos cuando la fuerza de los hombres no es bastante á contenerlo en el camino de la gloria? ¿Por qué estorbas su regeneración? ¿Por qué le impides levantarse del polvo donde le hundió tu ira hace tres centurias?—; Oh, Señor! En la tribulación que sufrimos reconozco la mano omnipotente que sepultó en los mares aquella escuadra *Invencible*, cuyo armamento difundiera el terror por toda Europa. ¡Tremendo fué nuestro castigo en aquellos días! Pero dése ya tu justicia por satisfecha.—; Gracia, Señor! ¡Misericordia! ¡Aplaca tu cólera! ¡No nos tornes á la nada! ¡Mira que nuestra penitencia ha sido larga, dolorosa, áspera como el más duro cilicio! ¡Mira que hemos llevado la corona y el cetro de la ignominia durante trescientos años! ¡Mira que todos los pueblos que antes nos rendían pleito homenaje, nos han escarnecido, nos han befado, nos han dado á pro-

bar la hiel y el vinagre más acerbos!...—; Señor, piedad para España! ;Piedad para tus hijos! ;Piedad para tus soldados!

.....
Día 10.—En la Torre del *Hacho*.

Soñaba yo hace una hora que veía un cielo azul y un Sol brillante...

Habíame dormido al amanecer, oyendo aún los silbidos del viento y el estruendo del mar y de la lluvia...

Desperté, y la más profunda obscuridad reinaba en mi aposento.

Sin embargo, no sé qué bienestar del alma (permítaseme la frase) me hizo creer que seguía soñando ó que el sueño era realidad.

Luego percibí algunos cantos de gorriones y el eco de varias campanas que resonaba puro, vibrante, elástico...

—; He aquí un hermoso día!—exclamé alborozadamente.

Y abrí el balcón, y un océano de luz brilló ante mis ojos.

El Sol de una mañana de primavera; un cielo azul y limpio como si acabara de salir de las manos del Creador; un jardín verde, fresco y brillante, siquier destrozado por el temporal; bandadas de palomas revolando sobre las azoteas de las casas; columnas de humo elevándose *rectamente*, pues tanta era la serenidad de la atmósfera...; he aquí el espectáculo que se ofrecía á mi vista, ávida de claridad y de colores...

Mi primer pensamiento fué dar gracias á Dios por la vuelta del buen tiempo...—En seguida me vine á la Torre del *Hacho*, empuñé el ante-ojo del *vigía*, y...; oh ventura! ;vi que nuestras tiendas no habían desaparecido durante el temporal...; vi que seguían plantadas al lado allá del *Monte Negrón*, y aun más lejos de donde que-

daban el día 6...; vi que allí también se alzaba tranquilamente al cielo humo de los hogares...; vi, en fin, que nuestro Ejército vivía..., que relumbraban sus armas..., que ondeaba su Bandera!

;Y aquí me tenéis desde entonces, arrobado, extasiado, contemplando aquella remota perspectiva!

Por lo demás, el *Levante* ha cesado completamente; la tenue brisa que mueve los árboles viene del Sur...

La mar sigue todavía muy revuelta, tanto, que ningún barco se atreve á salir...—Pero esto será ya asunto de algunas horas...—; Nada más natural que tan fuerte marejada después de un temporal tan deshecho!

Y prueba de que no me equivoco, es que algunos vapores de los fondeados en este puerto principian ya á encender sus máquinas...—; Con qué alegría saludarán nuestros soldados el primer humo que divisen en las soledades del mar! ;Les parecerá ver la mística paloma, portadora de paz y de bonanza, después de los horrores del Diluvio!

Voy á disponerlo todo para marchar yo también en el primer buque que salga.

.....
;Esto es hecho!—; Un barco va á arriesgarse á cruzar desde *Ceuta* hasta *Río Azmir*,—que es como dicen que se llama el punto de la costa en que está acampado nuestro Ejército...

Partamos... ;No hay que vacilar!—Allí acabaré de curarme.

;Oh, dicha! ;Dentro de cuatro ó cinco horas estaré otra vez entre mis amigos, para no abandonarlos ya más sino cuando me trague la tierra!—; Cuántas veces me he arrepentido de haberlos dejado durante estos diez días tan horribles!

¡Adiós, pues, cuitada *Ceuta*; mansión del dolor y de la agonía; albergue de moribundos y de penados; causa y testigo de la guerra; muda espectadora y fiel confidente de innumerables infortunios!...—¡Adiós! ¡Adiós!

XXIII

En el mar.

El mismo día.—A bordo del *Barcelona*.

A poco de salir este vapor del puerto de *Ceuta* empezamos á oír todos los que íbamos á bordo un lejano y vivo cañoneo hacia el Sur...

—¡Tienen acción!—fué el grito general.

Y una misma alegría se reflejó en todos los semblantes.

¿Cómo no?—Después de los terrores supersticiosos por que habíamos pasado acerca de la suerte del Ejército, aquellos disparos eran una seguridad infalible de su vida, de su actividad, de su fuerza. El poderoso aliento de los bronce parecía revelarnos que no había disminuído el de las tropas..., y, prescindiendo de esta lógica de la sensibilidad, y limitándonos á la de los hechos materiales, siempre nos demostraba aquel estruendo que la pólvora no se había mojado durante tan horroroso temporal, y que ni los elementos, ni las privaciones, ni las enfermedades habían dado en tierra con nuestros hermanos.

Pero los recelos y los temores han vuelto á empezar luego.

—¿Será que avanzan?—exclama uno.

—¿Pasarán hoy el *Cabo Negro*?—pregunta otro.

—¿Llegaremos á tiempo de unirnos á las filas por estas playas?—interroga un tercero.

—Llegarán ustedes..., ¡sí, señor! (contesta al fin un veterano). ¡Antes de emprender otra marcha tiene que racionarse nuestra gente para algunos días!...

—Es verdad... ¡Llegaremos á tiempo!—gritan todos.

—¡Diablo! ¡Que no estemos ya allí!

—Capitán, ¿falta mucho?

—Con esta resaca tardaremos aún cerca de tres horas.

—¡Tres horas todavía!...

Mientras se sostienen tales conversaciones, avanzamos penosamente sobre una mar dura y turbulenta, que hace muy trabajosa la marcha del vapor.

Pero ¿qué vemos?—¡Algunos barcos, procedentes de Algeciras, han anclado ya enfrente de nuestro Campamento!...

Esto nos alegra y disgusta juntamente.—¡Ya tendrán víveres frescos las tropas, pero no somos nosotros los primeros que se los llevamos!

Otros muchos vapores siguen apareciendo por la Punta del *Hacho* en nuestra misma dirección...—¡Siquiera llegaremos antes que ellos!

Entretanto, hemos pasado por delante del valle del *Tarajar*, de inolvidable memoria para mí...—Hoy se halla desierto completamente.

Pocos momentos después cruzamos á la vista del llano de los *Castillejos*...

También allí buscan mis ojos parajes y perspectivas que vivirán eternamente en mi imaginación... Pero el *Barcelona* sigue adelante en su inflexible rumbo, como indicándome que no es ocasión de pensar en cosas pasadas...

Sin embargo, alcanzo á distinguir sobre las arenas de aquella orilla, que tanta sangre tragó hace pocos días, un hermoso buque naufrago,

embarrado y medio tendido, como titán moribundo que aun se defiende de la saña de las olas...

¡Es nuestra goleta de guerra *Rosalía*, víctima del horrendo temporal, que brama aún en torno de ella!

Pero escuchemos...—Ya se empieza á oír, merced al viento que sopla de aquel lado, el tiroteo de la fusilería, por cierto muy animado y vivo...

¡Oh! El combate debe de ser importante... Percíbense hasta descargas cerradas, y los estampidos del cañón van también aumentando...

¡No importa! Tenemos tal costumbre de ver triunfar á nuestra gente en las más desventajosas luchas, que ni por un instante nos preocupa el resultado de esa acción que se libra á lo lejos...

A lo menos yo estoy tan seguro del triunfo de nuestras armas, que, en vez de pensar en el combate de hoy, doy vueltas en mi imaginación al más arduo é importante que habremos de reñir el día que pasemos á *Cabo Negro*, tremendo promontorio cuya gigante mole se adelanta hacia el mar, viniendo de muy dentro de tierra, como una muralla levantada por la Naturaleza para cerrar el paso al valle de Tetuán.

¡*Cabo Negro!* — Esa es la clave del enigma. Terminarán estos combates alevosos sostenidos entre la sombra de los árboles ó entre las breñas de los montes. Luego empezarán las luchas francas y leales. Doblada esa posición; vencido ese último coloso, la luz será hecha en esta campaña; conoceremos y contaremos á nuestros enemigos; podremos desplegar toda nuestra fuerza, y la numerosa y célebre Caballería musulmana dejará de ser un fantasma que dé tormento á nuestra exaltada imaginación...

.....
Son las cuatro de la tarde, y ya vamos llegando al término de la travesía.—Sólo nos falta

doblar la punta del *Monte Negrón* para que el Campamento cristiano aparezca de nuevo á nuestros ojos.

Y, al llegar aquí, necesito advertiros que no confundáis á *Monte Negrón* con *Cabo Negro*, según veo en los periódicos que acontece á muchas personas y hasta á los geógrafos de punta...

Bien que en materia de Geografía nos hallamos completamente á obscuras desde el comienzo de esta campaña. Ningún mapa de los que traigo en mi cartera ha podido indicarme precisamente el lugar donde nos encontramos. Ríos corren sobre el papel que no veo correr sobre la tierra, y otros que el geógrafo no conocía ocupan el sitio en que, por ejemplo, colocó una montaña.—Todo esto es muy natural. ¡Nosotros recorremos una comarca que jamás holló planta europea reposada y tranquilamente y de modo que pudieran levantarse planos!

Pero, volviendo á *Monte Negrón*, digo y repito que nada tiene que ver con *Cabo Negro*.

Cabo Negro es el verdaderamente importante, pues determina el límite de la gran playa que principia en *Ceuta*, al par que da comienzo á la anchurosa rada de *Tetuán*. Por consiguiente, sus levantadas lomas cortan el horizonte hacia el Sur, y son el único estorbo que impide percibir desde *Monte Negrón* la codiciada ciudad y las llanuras regadas por el *Guad-el-Jelú*. En cambio, dejan ver á lo lejos las primeras cúspides del *Pequeño Atlas*, que, pequeño y todo, asoma su encanecida frente por encima de las cumbres de *Cabo Negro*, al través de diez leguas de distancia.

Mas henos ya á la altura del Campamento... He allí las tiendas, todavía húmedas, y, por consiguiente, pardas... He allí la Bandera española, plantada á la puerta de la tienda del General en Jefe... He allí la playa, cubierta de soldados que

se abocan al mar recibiendo víveres... ; He allí todo lo que he creído ver aniquilado y muerto en mis noches de soledad y de insomnio!

Entretanto, sigue el fuego á lo lejos; pero ya muy intermitente y desmayado.—Se conoce que la acción toca á su fin...—Un momento después, las cornetas transmiten de monte en monte el toque de *retirada*.

Nosotros anclamos..., ; pero se nos prohíbe saltar á tierra hasta mañana, en vista de que algunos temerarios marinos acaban de ahogarse al llevar provisiones á las tropas!—; En verdad, la reventazón de las olas sobre la arena es todavía formidable, irresistible!

Mas ; qué me importa esta separación de unas horas, si ya sabemos que están vivos; si ellos saben también que tienen á la vista todo género de socorros; si la mar va sosegándose cada vez más, y si mañana al amanecer podremos saltar á tierra?

Pero me llaman á la cámara del capitán, el cual me ha dispensado la honra de convidarme á comer...

Hasta luego, que terminaré estos apuntes.

.....
Hemos comido y nos paseamos sobre cubierta. Son las ocho menos cuarto de la noche.

Nuestro Campo se halla todo esmaltado de hogueras, que relucen turbiamente entre la bruma...

; Conozco este momento!... Es el más delicioso de la guerra.—Los que han luchado durante el día, vuelven á su tienda satisfechos de haber cumplido con su deber... Allí les aguardan la amiga lumbre y el pobre rancho preparado por sus compañeros... La ufanía del triunfo y el regocijo de haber escapado vivos despiertan un apetito de todos los diablos... Alguna sobria libación acaba de entonar el cuerpo y el alma... ; Y se fuma, se charla, se ríe y se juega, como si

estuviera uno en el *Casino del Príncipe*, de Madrid..., ó poco menos!

.....
Las ocho.—El remoto son de varias músicas llega hasta mí, en alas de las brisas del mar...—Es la *retreta*, la serenata diaria con que se despide el soldado de sus jefes.

; Ah, bravos españoles! ; Cómo llegué á dudar de vuestra indomable resistencia? ; No os conocía ya? ; No os había visto en lances muy apurados? ; Cómo habían de venceros cuatro días de lluvia?

.....
Un agudo, solo y prolongado punto de corneta da la orden de *silencio*.

Es que son las nueve.

Las hogueras empiezan á apagarse...—Nuestro Campamento queda sumergido en las tinieblas de los montes..., donde todo calla y todo duerme en apariencia...

Ya no oímos más que el ronco murmullo de las olas, así en la distante playa como en torno de los buques anclados en este fondeadero.

La cubierta del *Barcelona* está cuajada de soldados y de marinos que duermen liados en sus mantas.—Únicamente vela el capitán, sentado en el alcázar de popa, enfrente del cuadrante, con la taza del café en una mano y el cigarro en la otra.

Es un bravo y amable catalán, que me ha cedido su cámara por esta noche.—; Dios se lo pague!

En ella os escribo y os saludo, despidiéndome hasta mañana.

; Y tú, Dios mío, que te has apiadado del Ejército español, recibe la humilde acción de gracias de este pobre soldado!...—; Señor, bendito seas!